

LA POESIA DE JORGE ISAACS

En el centenario de la publicación del primer libro de versos de Jorge Isaacs (1864), se hace oportuno examinar su obra poética. Hasta la fecha, las poesías de Isaacs no han recibido un estudio detenido, lo cual se debe en parte a su inaccesibilidad¹.

Se ha dicho con acierto que "Isaacs como poeta tuvo dos épocas: la primera que corresponde a su juventud y en la cual sobresalen el culto a la naturaleza y la intensidad con que siente ese amor a la madre común; en la segunda, las muertas ilusiones y los envenenadores desengaños hicieron que su musa se reconcentrara un tanto y perdiera la frescura y espontaneidad de los años juveniles, para reemplazarlas por un subjetivismo melancólico..."². Estas dos épocas se hallan perfectamente delimitadas por un período de esterilidad, pues en los años 1871-1873 Isaacs no escribió poesías (las que dio a luz en esos años fueron escritas anteriormente). Este período infecundo corresponde a los años en que fue cónsul de Colombia en Chile (1871-1872) y al año de dura lucha en la hacienda de Guayabonegro. Sus años más productivos fueron los de 1860 a 1864, o sea, los años que permaneció en la hacienda paterna. La ruinoso administración de los negocios de la familia (1861-1864) puede

¹ Las principales ediciones son las siguientes: *Poesías* (Bogotá, 1864); *Poesías* recopiladas por Angel Pola (México, 1907); *Poesías completas* con un estudio preliminar de Baldomero Sanín Cano (Barcelona, s. a.); y las colecciones incluidas al final de *María* en las ediciones de Aguilar (Madrid, 1961), Tor (Buenos Aires, 1956) y Sopena (Buenos Aires, 1963). La edición de Pola incluye poesías que no son de Isaacs y omite estrofas de otras. La de Sanín Cano se hizo sin tener en cuenta la de Pola y padece numerosos errores y omisiones. La edición más correcta publicada hasta ahora es la de Sopena.

² R. JIMÉNEZ TRIANA, en *El Telegrama* (Bogotá), Año IX, núm. 2. 657 (6 de junio de 1895).

achacarse a que Isaacs estaba escribiendo versos, en lugar de vigilar la producción del azúcar y el engorde del ganado.

Hay poca variedad en la temática de la poesía de Isaacs. Si hacemos una clasificación por temas de los versos de su primera época, encontraremos apenas unas cuatro clases distintas: 1) poesía autobiográfica, 2) poesía lírica, 3) poesía narrativa y 4) poesía descriptiva³. Vamos a examinar estas categorías una por una.

En muchas de las poesías de Jorge Isaacs aparecen recuerdos autobiográficos, y una docena de ellas tiene como asunto predominante el de las añoranzas de los tiempos dorados de su infancia y juventud, cuando la familia Isaacs era una familia acomodada. Es una característica de las poesías autobiográficas de Isaacs el contener datos exactos (en cambio, las referencias de *María* sufren ligeros cambios muchas veces, o quedan en la penumbra de lo indefinido).

En *Mayo* Isaacs cuenta sus travesuras de niño con el perro Mayo (el mismo que figura en *María*). En este poema se encuentra una de las pocas notas humorísticas de la obra de Isaacs:

Mayo era, según muchos,
un perdiguero,
pero nunca perdices
vio ni de lejos.
Gansos y pollos
atrapaba en el aire
que era un asombro.

Persiguió como un blanco
su propia raza,
y, como un aristócrata,
las negras caras.

Esta jocosidad está en contraste con el papel melancólico que desempeña el fiel perro en *María*. El viaje del niño a Bogotá para hacer sus estudios consta con toda puntualidad:

³ Naturalmente, hay algunas poesías que tienen elementos de dos categorías (autobiográfica y lírica, por ejemplo); las clasificamos de acuerdo con su tema predominante.

Cuando en mil ochocientos
 cuarenta y ocho
 de la casa paterna
 salí lloroso
 [...]

 Tras un lustro de ausencia
 volví...

(Compárese con la exactitud de estos datos lo indefinido y lo alterado de los elementos autobiográficos de *María*: “Era yo niño aún cuando me alejaron de la casa paterna para que diera principio a mis estudios” [cap. 1]; “pasados seis años [...] me recibieron al regresar al nativo valle” [11]).

El turpial es otro de los animales domésticos de la casa del padre que evoca recuerdos felices de niñez para el poeta. En esta poesía Isaacs menciona “la vuelta de Jamaica” de su padre, nombra al “antiguo criado” Pedro, recuerda la hacienda familiar La Rita y habla brevemente de sus años de estudios en Bogotá (todos estos elementos autobiográficos figuran también en los primeros capítulos de *María*). Luego siguen recuerdos amargos de la época del fracaso de la fortuna familiar:

Muchos años ausente
 se me pasaron;
 mis padres no habitaban
 su bello campo;
 su huerto y sotos
 estaban sin guardianes
 y en abandono.

Las octavas de *La oración* también evocan “gratas memorias del hogar paterno”, memorias identificadas siempre con los ríos y colinas del Valle del Cauca.

Isaacs escribió *Al mar* cuando trabajaba en el camino que se construía entre Cali y Buenaventura, y lo dedicó a sus obreros. El bardo nota con satisfacción que parten el pan juntos “los que enemigos fueron” en las guerras civiles de poco tiempo antes. Isaacs prevé que este camino ha de producir grandes beneficios a su provincia nativa y ya ve cercano el tiempo en que

Erízase impaciente su melena [del mar]
de nuestros campos esperando el pan;
del viejo mundo a nuestras costas llegan
por él las naves oro a derramar.

La casa paterna es el poema autobiográfico más extenso que escribió Isaacs. En él el poeta se lamenta de los infortunios económicos que lo alejaron con los suyos de esa casa. En su imaginación vuelve al querido hogar de su infancia; sus pasos resuenan al recorrer las estancias vacías. Ciertas estrofas se parecen mucho a "Leyendo a *María*", donde el autor también regresa en espíritu a la "casa de la sierra". El poeta dedica largas estrofas a su amada esposa "Selfia", su constante compañera en la lucha contra la pobreza, y recuerda que pasaron juntos sus momentos más felices en la casa paterna. En las últimas estrofas el autor se despide del hogar querido, ya que tiene pocas esperanzas de volver a él:

¡Dios de Israel! Oh Dios, cuya mirada
no deja al peregrino en su jornada,
heme cual niño me postré ante ti;
mi dicha cual la niebla disipaste:
con el pobre y humilde me igualaste:
lejos de esta mansión voy a morir.

¡Ah! cuántas veces bañará la lumbre
del sol, al ocultarse, tu techumbre,
y en tus bosques de ceibas ese sol
¡cuántos veranos tostará las hojas!
hogar querido que de ti me arrojas...
antes que vuelva a verte... adiós... adiós!

A Henrique ¡Ora y espera! es una curiosa poesía dirigida a uno de sus hermanos. En la primera mitad del poema hay recuerdos de la común juventud de ambos, y en la segunda mitad Isaacs consuela a su hermano por un desengaño amoroso.

El esclavo Pedro está dedicado al mismo esclavo fiel que aparece en los capítulos iv y v de *María*. El verso del poema en que el esclavo se despide del niño Jorgito cuando éste va a Bogotá ("No te veré, amo mío, cuando seas hom-

bre”) es casi igual a la frase de la novela (“Amito mío, ya no te veré más”).

La forma autobiográfica de *El primer beso* (“Jugaba yo en mi infancia...”) parece indicar que se trata de otro incidente real de la vida del autor, pero como es tan trivial, no hay modo de comprobarlo. Aquí el autor cuenta cómo recibió un delicioso ósculo de una prima cuando tenía unos once o doce años.

Isaacs también introduce elementos autobiográficos en algunas de sus poesías líricas. La nota autobiográfica más repetida en su obra poética es la de sentirse un proscrito, un desterrado de la patria:

Errante desterrado
del patrio suelo
(*Felisa*);

voluptuosas creaciones del proscrito
[...]
que inspira la oración al extranjero
(*La oración*);

perdido ha mi alma
su humor risueño,
¡ay! y mis ojos
el patrio suelo
(*Nima*);

Cuenta las horas,
mi dulce amiga,
que el desterrado
pasa en vigilia
(*El gorrión*).

Nada tendría de raro que Isaacs hablara así después de sus fracasos económicos de 1864 y 1874, o su expulsión del Congreso en 1880, pues, como es bien sabido, sus actividades financieras y políticas le acarrearón numerosos enemigos acerbos. Lo sorprendente es que todas estas poesías son del año 1860. Max Grillo ha dado la explicación de este enigma: “Suelen los poetas, cuando graciosamente la naturaleza los ha dotado de todas las condiciones para ser felices, fuer-

tes y armoniosos, inventarse una pena, como si necesitaran del sufrimiento para mantener la divina energía de su canto. Tal se diría fue el caso de Isaacs..."⁴. Es irónico que unos decenios más tarde se hiciera realidad lo que Isaacs había inventado como motivo poético en sus primeros versos.

En vista de que las poesías autobiográficas de Isaacs dan muchos datos verídicos de la juventud del autor, se podrá preguntar si arrojan luz sobre el tan debatido misterio de la existencia de la heroína de *María*. Efectivamente, aparecen alusiones a una María en dos de las poesías de recuerdos de Isaacs: *Mayo* y *La tarde azul*. Unas estrofas del segundo poema, fechado en junio de 1866, parecen aludir a la heroína romántica:

¿Es un sueño de mi alma?
 ¿Sólo un delirio?
 ¡Ay! conceder al hombre
 Dios no ha querido
 que tanto ame
 lo que puede la mente
 débil forjarse.
 [...]
 De mi madre al dormirnos
 el blando arrullo,
 a mis ojos el sueño,
 los ojos tuyos
 venir hacían;
 Y hora velo y tú duermes...
 ¡Duerme y alivia!
 Los cantos de tu bardo,
 mis pobres trovas,
 lágrimas son debidas
 a tu memoria;
 en mi alma eco
 de tu postrer sollozo
 y último beso.
 Al pie de aquellos montes
 de azules mantos

⁴ *Vida y obra de Isaacs*, en *Boletín de la Academia Colombiana*, II (1937), pág. 186.

por la luz de la tarde
 tornasolados,
 está el sepulcro
 do malezas ocultan
 el nombre suyo.

Pero la segunda estrofa del mismo poema, de que dependen las estrofas arriba citadas, contiene elementos que nos hacen sospechar que esta María no es la de la novela:

Primera confidencia
 de amor de niño
 bajo los guarandayes
 del manso río...
 ¡Primer caricia
 trocada por palomas
 a mi María!

En primer lugar, el “amor de niño” indica que se trata de una pasión mucho menos profunda y duradera que la de Efraín y María. Todavía peor, la “caricia trocada por palomas” es señal inequívoca de un amor comprado de una mujer de posición social inferior.

Estas conclusiones están apoyadas por datos del poema *Mayo*, anterior en seis años a *La tarde azul*. En un pasaje picaresco leemos que María protegía al perro de las travesuras del niño, pero que era menos hábil en guardarse de las acometidas amorosas del joven amito:

De mi furor salvo!e
 siempre María:
 yo era tan malicioso
 ¡y ella tan linda!
 Tal fue mi estrella,
 buscar desde chicuelo
 uvas y Evas.

Cuando el señorito volvió de sus estudios en Bogotá, encontró que

También eran ya esposas
 Clara y María.

De aquí se desprende que María era mayor que el niño Jorgito, que tenía alguna autoridad sobre él, y que consentía

sus caricias de muchacho malicioso. Reuniendo estos datos, sacamos en conclusión que con toda probabilidad esta María formaba parte de la servidumbre de la casa Isaacs. Aunque fue el primer “amor de niño” de Isaacs, esta ‘Eva’ no ha podido ser la inspiración de su púdica heroína romántica.

Las únicas posibles alusiones que encuentro a la María de la novela figuran en *¡Ve, pensamiento!*, una poesía lírica fechada en 1867, el año de la publicación de *María*:

En las montañas
 hay azucenas,
 ¡ay! que no nacen
 ya para ella!
 [...]
 Ve, pensamiento,
 Ve libre y vuela
 por los jardines
 do amante espiela;
 do en las auroras,
 de rosas frescas
 llenar su falda
 la vi risueña...
 ¡Edén perdido!
 ¡Santa inocencia!
 ¡Angel de un día
 sobre la tierra!...
 [...]
 Y rosas muertas...
 que ya no adornan
 sus negras trenzas!
 [...]
 sobre el sepulcro
 do la maleza
 cubre la losa
 ya cenicienta
 que sollozantes
 mis labios besan.

Aunque no hay ninguna mención del nombre de la niña, las alusiones a las azucenas y las rosas parecen referirse a las flores que Efraín trajo del monte para María (cap. x) y a las que María recogía para el cuarto de Efraín (caps. III-IV). Pero debe notarse que hay un detalle que discrepa de la

novela: las trenzas de María no eran negras, sino de color castaño oscuro (cap. III).

De modo que tenemos que concluir que la falta de noticias sobre la niña María en las poesías autobiográficas de Isaacs es otro indicio de que no existió. Es imposible que un amor tan profundo como el de Efraín no hallara resonancia en las poesías que registran incidentes sentimentales tan efímeros como el primer beso recibido de una prima o las caricias mercenarias de una sirvienta. El hecho de que la única posible alusión a María se halla en una poesía lírica, no en una autobiográfica, y que allí se equivoca un dato tan fundamental como el color de los cabellos, respalda las conclusiones basadas en la falta de documentos y de referencias de testigos fidedignos.

La poesía narrativa estuvo muy de moda durante los años en que leía y escribía versos Jorge Isaacs. Campoamor y Núñez de Arce cultivaban esta clase de poesía con universal aplauso, tanto de España como de América. Como Isaacs consideraba a Núñez de Arce como "el más grande poeta que ha tenido España en la segunda mitad de este siglo"⁵, no es de extrañar que siguiera su ejemplo, escribiendo poesías de una sencilla acción que retrataban cuadros de la vida contemporánea.

El tema más tratado por Isaacs en los poemas de tipo narrativo es el de las guerras civiles colombianas, en varias de las cuales él intervino personalmente. En todas estas poesías se pone de relieve la tragedia que acarrearán las luchas civiles a los reclutas y sus familias⁶. En *La montañera* se describe la tristeza de la campesina Gabriela, cuyo novio murió en la guerra:

la montañera
llora sentada
sobre las peñas,

⁵ Nota 6 a su *Tierra de Córdoba*, pág. 103 de la edición de Sanín Cano.

⁶ Muchos poetas colombianos de la segunda mitad del siglo pasado escribieron poemas sobre este tema con el nombre de *El recluta*; quizá el más famoso sea el de José Asunción Silva.

y en sus sollozos
 un nombre suena
 como un suspiro,
 como una queja.
 Ayer de tarde
 la Frisolera
 pasó un recluta
 cantando *vueltas*.
 —¿Pablo?, le dijo.
 —¡Murió en la guerra!
 ¡Pobre muchacho!
 ¡Pobre Gabriela!

En *La vuelta del recluta* éste regresa a su pueblo y encuentra que su novia ya se casó con otro y que su familia ha desaparecido. *El cabo Muñoz* piensa casarse con una linda campesina que lo ha curado de sus heridas, pero él muere en el combate. *La muerte del sargento* narra los últimos momentos tristes del soldado, quien deja a una viuda y un hijo:

—Sargento, ¿qué quieres? — Morir más tranquilo;
 ya veis: no hay remedio, me llama ya Dios.
 Tan bella mi esposa... ¡Mirad nuestro hijo!
 Yo voy a dejarlos: cuidado de los dos.

En el *Soneto a mi patria* Isaacs compara a los partidos contrarios con dos leones que se devoran en el desierto:

Dos leones del desierto en las arenas,
 de poderosos celos impelidos,
 luchan lanzando de dolor bramidos
 y roja espuma de sus fauces llenas.
 [...]
 Delirante, sin fruto batallando,
 el pueblo dividido se devora;
 ¡y son leones tus bandos, patria mía!

Otro tema favorito de los poemas narrativos de Isaacs son los amores de dos jóvenes de la clase humilde. En *La aldeana infiel* la novia olvida a su prometido y da sus favores a un noble. Este la desprecia después de la posesión y el novio olvidado se marcha a la guerra. Cuando vuelve a

los ocho años, se encuentra con una limosnera ciega: es la aldeana infiel. En *Martina y Jacinto* los novios quedan de verse en el río. Jacinto tiene que cruzar la corriente para llegar a donde está Martina, y se lanza a las aguas alborotadas. Allí se ahoga, y Martina también perece cuando trata de salvar a su amigo. *Teresa* encierra otra historia de amores desgraciados. Los *Amores de Soledad* contrastan con los anteriores por ser felices y por desarrollarse en un ambiente de sana inocencia campesina.

La mañana del abuelo describe las pequeñas alegrías de la vejez tranquila de un anciano campesino. *La reina del campamento* es la graciosa descripción de una linda coqueta que provoca descaradamente a los soldados:

Oronda como un sargento
que han ascendido a oficial,
tormento de coroneles,
Tarcila pasando va.
Su rebozo oculta a medias
un rostro lleno de sal,
con unos ojazos negros
incendiarios por demás,
compañeros de una boca
que es forzoso castigar
por ser más roja y maligna
que un jefe dictatorial.

[...]

Y sigue la ardiente criolla
volviendo a ver hacia atrás,
con ojos que dicen: ¡peca!
y una risa criminal.
Andaluzas no han tenido
ni su garbo en el andar,
lo picante de su gesto
ni su lánguido ademán.

Todos los poemas narrativos comentados hasta aquí fueron escritos entre 1860 y 1864, y se desarrollan rápidamente en los metros ligeros del romance y el romancillo. Todos se caracterizan por sus elementos costumbristas y por sus protagonistas campesinos. En cambio, hay dos poemas escritos hacia 1870 que ofrecen rasgos diferentes. En *Un mundo por*

un soneto un joven literato recibe un beso de su novia por un soneto. Por su encantadora sencillez el romance *Inocencia* se parece mucho a las serranillas del Marqués de Santillana. Un caballero se encuentra con una linda e inocente campesina y desea gozarla:

- Niña, ¿de las bellas flores
que tu delantar oculta
permites a este viajero
llevar una, sólo una?
- Son de la Virgen, señor,
pero en las selvas abundan.
[...]
- ¿Sola vas por estos montes,
la soledad no te asusta?
- Cantando se espanta el miedo,
pero no hay duendes ni brujas.
- ¿Quieres llevarme a la umbría
donde esas aguas murmullan
y cantarás las canciones
que las palomas te escuchan?
- He aquí la senda.

Pero domina su pasión a tiempo y le da un sano consejo a la niña:

y huye de los caballeros
que tu verde valle cruzan.

El tema predominante de la poesía lírica de Isaacs es el amoroso. Varias de las primeras composiciones amorosas van dedicadas a su esposa Felisa. En la primera mitad del poema *Felisa* se alaban la hermosura, encantos y virtudes de la compañera de Isaacs mediante comparaciones con la naturaleza eglógica del Valle del Cauca:

Vi tardes de verano,
tardes del Cauca,
voluptuosas, risueñas,
y engalanadas;
y muchos días
fueron menos hermosos
que mi Felisa.

Tu noche con turbante
de azul y estrellas,
bordando de cocuyos
su falda negra,
patria querida,
nunca tuvo el misterio
de mi Felisa.

Vi el disco de la luna
tras lindos sotos
de naranjos, palmeras
y pomarrosos:
su luz tranquila
no tiene los encantos
de mi Felisa.

Temblar vi en los estambres
de la azucena
su cáliz perfumado,
gota de esencia;
como ella brillan
en mi hogar las virtudes
de mi Felisa.

Más tarde utilizará Isaacs este mismo procedimiento en su novela al describir a María: "Nunca las auroras de julio en el Cauca fueron tan bellas como estaba María..." (cap. XII). En la segunda parte del poema, el poeta se entrega a la introspección, evocando las horas felices pasadas con Felisa, y acaba preguntándose qué sería de ella si él muriera.

En *Los ojos pardos* Isaacs recuerda los ojos azules y negros de otras novias, pero concluye que los pardos de Felisa son los mejores:

Me enamoró Felisa
con sus encantos,
y me enamoran siempre
sus ojos pardos;
mis dulces sueños
lo son porque dormidos
me miran ellos.

Ante *El retrato de Felisa* el poeta ausente se queja de que la hermosa imagen de su esposa es fría y no le comunica su amor. En este poema Isaacs usa por primera vez el nom-

bre poético de *Selfia*, anagrama de *Felisa*, para referirse a su esposa.

Contemporáneas a las poesías amorosas dedicadas a Felisa, hay otras sin dedicatoria, como *La vuelta de la paloma*, *El wals* y la humorística *Esquela a Solina*. Pero también de esta época (1861) es un poema de fuerte carga erótica que lleva el título de *Elena*:

En las colinas verdes
del comarcano río
pasaba con Elena
horas de dulce idilio.
Jamás tan complaciente
brindó a los labios míos
de mi emoción gozosa
sus labios purpurinos.
Siguiome hasta la vega
donde el raudal tranquilo
de las moreras moja
los maduros racimos;
huía de mí, riendo
de mi amoroso ahinco,
alrededor del soto
de naranjos y limos;
mas su pie breve y ágil
hirió tallo escondido
bajo la blanca alfombra
de azahares caídos.
La sonrosada planta
por fin mostrarme quiso,
mi cuello rodeando
su brazo alabastrino,
y el fuego de mis besos
le dio tan pronto alivio
que el lloro en sus mejillas
pasó como el rocío.

Es tentador relacionar *Elena* con unas poesías más tardías, de los años 1866 a 1870, y ver allí toda una historia de amor apasionado e ilícito:

¡Siempre contigo! Si negome el mundo
hacerte reina de mi pobre hogar,
siempre contigo me halarán las horas
en que alivian mis sueños tanto afán.

Feliz contigo en mi niñez vivía,
contigo siempre imaginé vivir;
mas el cielo no oyó mi único ruego
y humana ley me separó de ti.
[...]

Te vuelvo a ver, y tu belleza en vano
provoca mi secreto frenesí:
antes que mancillarte en mi locura,
aun me resta valor para morir.

Mas si es un crimen enjugar tu lloro,
siempre ese crimen lo cometa yo;
si es un delito amarte, ese delito,
impune siempre, consintióme Dios
(*Siempre contigo*).

Si no he soñado que te amé y me amaste,
si esa felicidad no ha sido un sueño
y nuestro amor fue crimen... ese crimen
a mi vida te unió con lazo eterno.

Cuando a la luz del arbol dorado,
[...]
cuando en la cima del peñón, el río
a nuestros pies rodando turbulento
[...]

Te oprimí temblorosa entre mis brazos
y enjugaron tus lágrimas mis besos...
¿Sólo amistad entonces me ofrecías?
¿Sólo amistad mis labios te pidieron?
(*¿Amistad?*).

Vegas del Medellín, ¿qué se juraron
su corazón y el mío?
Y aquel juramento de amor era impío.
¡Los hombres un crimen mi dicha llamaron!
(*El último arbol*).

En las tres poesías se habla de este amor como criminal, seguramente porque no puede consagrarse en el matrimonio. Las dos últimas tienen en común el "arbol" y comparten con *Elena* la misma ubicación en una vega junto a un río. Por lo tanto, parece claro que se trata de la misma pasión. Los biógrafos de Isaacs no nos dicen si éste tuvo un amor fuera del hogar. Aunque siempre es arriesgado interpretar una obra poética como autobiografía del autor, los

numerosos elementos conocidamente autobiográficos de una considerable proporción de las poesías de Isaacs hacen más razonable esta conjetura. Ya hemos visto que Isaacs usa la primera persona en sus poesías sólo para señalar hechos de su vida; no conozco ningún ejemplo de lo contrario⁷.

De 1864 son las delicadas poesías amorosas *La "Virginita" del Páez* y *Los lirios*. Las traducciones *Cuando la vaca viene al sesteadero* y *Mi tierna guitarra* (1865) son de amores pastoriles.

De las poesías líricas no amorosas de Isaacs, merecen destacarse particularmente *E! gorrión*, *Nima* y *La visión del castillo*, todas del año 1860. *El gorrión* tiene un ligero parecido con *El cuervo* de Poe, pues también es la narración de un poeta solitario y triste a quien visita un ave que entra a mirar sus libros y papeles. Cuando el pájaro favorito de Venus va a picar unas flores marchitas, el poeta recuerda que fueron cogidas por su amada esposa:

¡Ay! Esas flores
que ahora picas
a nada huelen,
¡están sin vida!
¿No las conoces?
Están marchitas,
¡mas fueron bellas!
La esposa mía
del suelo patrio
cogiolas vivas;
de sus cabellos
adorno un día
fueron, y cuando
tiernas caricias
fue a prodigarme
tomelas [...].

El romancillo *Nima* es otro de los poemas interesantes de Isaacs. En las orillas de este pequeño río caucano afirma

⁷ En otras poesías reconocidas como autobiográficas Isaacs alude a sus tendencias donjuanescas: "yo era tan malicioso / ¡y ella tan linda! / Tal fue mi estrella, / buscar desde chicuelo / uvas y Evas" (*Mayo*); "En los labios amantes, que mis labios / sedientos de placer han comprimido, / hallé deleites, mas la dicha nunca" (*Hortensia Antomarchi*).

el autor haber visto una bella y voluptuosa ondina (se recordará que Efraín también decía haberse encontrado con ondinas, lo cual le ocasionó celos a María: cap. XLVI). Parece que para Isaacs la ondina representa “los sueños del alma mía”, ya que la vio sólo en los dorados tiempos de su juventud.

La visión del castillo fue el poema que más aplausos le granjeó a su autor en la famosa tertulia de El Mosaico en mayo de 1864. Como dice Víctor Sánchez Montenegro, “soplan por los versos hálitos de misterio, que tal vez nadie descifrará. Parece un canto a su esposa, pero luego el pensamiento y la inspiración recorren mundos desconocidos...”⁸. El argentino Enrique Anderson Imbert opina que se trata de una elegía a la Gloria⁹. Más bien nos parece un canto dirigido a la Poesía, en que el autor le pide que le devuelva el numen de otros días:

Vuelve a mi lado tan risueña y pura
como otras veces te miré o fingí,
como vagabas en la selva oscura
lujosa con las flores del pensil.

Según su costumbre, Isaacs usa la naturaleza de su Valle nativo como punto de comparación para ponderar la belleza de la Poesía. En algunos versos la Poesía está identificada con una mujer de belleza ideal, hasta tal punto que muchos de los símiles son los mismos de la poesía amorosa *Felisa*, citada arriba:

La noche con su falda vagarosa
y su turbante de argentado azul
no tuvo tu belleza misteriosa,
tus galas, tus perfumes, ni tu luz.

En la segunda parte, Isaacs cambia el endecasílabo por el más solemne alejandrino, y expresa en sentidos versos su sed de gloria, la gran ambición de su vida:

⁸ Jorge Isaacs y ‘El Mosaico’, en *Bolívar*, núm. 19 (1953), pág. 790.

⁹ Introducción a su edición de *María* (México, 1951), pág. xxxiiii.

¡Oh! Basta de tinieblas y porvenir sin nombre,
 ¡si tantos han vencido luchando, lucharé!
 Yo quiero que a los genios mi voluntad asombre,
 dejar un sol por faro donde el escollo hallé.

En la última estrofa el bardo eleva su plegaria final a su Musa, pidiéndole inspiración:

¿Me olvidarás por siempre, visión de mis encantos,
 celosa de mi dicha, de tan mundano bien?
 ¡Oh!, ¡vuelve y dicta al vate los inmortales cantos!
 Tus versos con mis lágrimas y sangre escribiré.

Si vienes a mi campo, la única poesía de Isaacs que lleva la fecha de 1862, trata del tema del *Beatus ille*:

Si vienes a los campos
 do venturoso vivo
 burlando de los hombres
 los feroces instintos,
 tendrás en mi cabaña
 el lecho más mullido
 que formaré de pieles
 tan blancas como armiños.
 Te arrullarán las aguas
 que en el jardín vecino
 bajo tus rejas corren;
 y cuando el sol estuvo
 argente los rosales
 cargados de rocío,
 aspirarás esencias
 de rosas y tomillos;
 perfumes que no tienen
 en los salones ricos.

Sólo a título de curiosidad mencionamos *Atila*, extraño soneto en que Isaacs compara al azote de Dios con un "cárabano gigante desprendido de alpina cumbre".

El género de poesía que menos cultivó Isaacs fue el puramente descriptivo. Esto resulta anómalo, pues en casi todas sus poesías, sea cual fuere su asunto, se destacan sus descripciones de la naturaleza vallecaucana. *Río Moro* es una de sus composiciones más famosas y más frecuentemente editadas. En ella Isaacs emplea la misma especie de octava que había

usado antes en *La oración*. Como dice Antonio Gómez Restrepo, *Río Moro* deja “una impresión solemne y misteriosa, la que produce la naturaleza en el contemplador solitario, que de las bellezas de lo creado saca motivo de meditación y arrobamiento”¹⁰:

Tu incesante rumor vine escuchando
desde la cumbre de lejana sierra:
los ecos de los montes repetían
tu trueno en sus recónditas cavernas.
Juzgué por ellos tu raudal, fingime
tras vaporoso velo tu belleza,
y, ya sobre tu espuma suspendido,
gozo en ahogar mi voz en tu bramido.

¡Qué mísera ficción! Quizá en mis sueños
he recorrido tus hermosas playas,
en esas horas en que el cuerpo muere
y adora a Dios en su creación el alma:
que sólo dejan en la mente débil
pálidas tintas y memorias vagas;
pero te encuentro grande y majestuoso
rey ponderado del desierto hermoso.
[...]

Como burbujas en tu manto llevas,
irán los soles sobre ti pasando,
y te hallarán los de futuros siglos
como hoy undoso, transparente y raudo.
No existirá ni la ceniza entonces
de mí, que rey de la creación me llamo,
y si guarda mi nombre el mármol frío,
lo hollará con desdén el hombre impío.

En el soneto *El Cauca* Isaacs describe el río que “rueda impasible, turbio, perezoso” y encuentra que es “imagen de un pueblo que su nombre lleva”, pues éste “por el ocio el bienestar desdeña”.

La poesía de la segunda época de Isaacs se caracteriza por su melancolía y desilusión. Ya no encontramos esa frescura de los primeros años, ni la nota humorística que asomaba de cuando en cuando. Su obsesión dominante es la de

¹⁰ *A propósito de Isaacs*, en *Boletín de la Academia Colombiana*, II (1937), pág. 211.

la muerte, y esto hace que aparezcan por primera vez poesías filosóficas, en las que se reflexiona sobre el destino del hombre. El cambio de los temas ligeros por los trascendentales se refleja también en la métrica: en la poesía de madurez no se hallan los romancillos y las seguidillas tan gustados por el Isaacs de la primera época. La producción poética de este período es mucho más restringida que en los primeros años, y con la excepción de poesías como *Ten piedad de mí*, *Resurrección* y *Elvira Silva*, es de menos vuelo.

Parece que el ensimismamiento del poeta habría de expresarse en poesías autobiográficas, pero no es así. Frente a la docena de poemas autobiográficos de los años 1860-1870, sólo hay unos tres de los años 1873-1895. Estas poesías ya no son de recuerdos de niñez, sino que reflejan el desengaño y pesimismo del Isaacs de esa época. *En la tortura*, escrito durante las exploraciones de Isaacs en las costas del Atlántico, es prueba elocuente de las ilusiones perdidas del poeta:

De luz, de amor y de creaciones llena
el alma... ¿Y extinguido en su cenit?
Del rudo batallar por la existencia
de los amantes hijos ¿esto el fin?

Para el Isaacs de este período el hombre es un "humano jaguar [...] fiero y vil". Al anatematizar a sus enemigos Isaacs compara su propia paciencia con la de Job y empareja la maldad de sus enemigos con la de Satanás; le parece que el Cielo acabará por intervenir a favor del justo:

¡En la tortura Job, y el cielo mudo!
¡Victorioso Satán!... ¡Vencido el bien!
¡Quimera la virtud!... ¡Hiere, verdugo!
Pero hay un Dios que tu delito ve:
no burlarás el anatema suyo:
¡escóndete de El!

Isaacs contrasta el mal tratamiento que ha recibido a manos de sus prójimos con la buena acogida que le han brindado los indígenas durante sus exploraciones:

En el viajero el vate adivinaron,
y caricias y hogar doquiera halló:

hoy mis nombres recuerdan en sus cantos,
de las agrestes músicas al son,
y en toda nave al extranjero amado
aún espera Yajaira el trovador.

En las cumbres de Chisacá es una dura increpación a los gobernantes de la patria:

Llamó a mis puertas la fortuna y sordo
sus voces desdeñé
¡oh patria!... La ventura y el reposo
a tu gloria ofrendé.

Pro patria, escrito en 1890, prueba que el desengaño de Isaacs con las cosas humanas se extiende hasta su obra poética:

Al hosco morador de los desiertos
no le pidas aún trovas galanas;
de aquellas soledades infinitas
traigo silencio y sombras en el alma.
[...]
pasó mi juventud con mis cantares,
la muda noche de lo eterno avanza.

El desengaño es sincero, como se evidencia en el hecho de que después de *Pro patria* Isaacs escribió sólo una media docena de poesías.

El desengaño y arrepentimiento también constituyen una nota frecuente en las poesías amorosas de estos años. Por primera vez aparece en *Zoraida* (1877) el “grito de la conciencia” ante el amor ilícito:

y este dolor eterno que devoro,
que va en mi frente avergonzada escrito.

Todavía se encuentra alguna que otra poesía de ardiente pasión amorosa, pero todas acaban de la misma manera -- con tristes reflexiones sobre la muerte de la compañera de amores prohibidos:

“No duermas, suplicante me decía;
escúchame, despierta”,
cuando haciendo cojín de su regazo
soñándome besarla, me dormía.

Más tarde... ¡horror!, en convulsivo abrazo
la oprimí al corazón..., rígida y yerta
(*¡Ella duerme!*).

—Mira, me dijo, en vano
resistir quiero a tu poder ufano...
El raudal eres tú, yo soy la flor—.
Césped de nardos su sepulcro alfombra,
do en mis brazos durmió junto al raudal,
y las palmeras que voluble sombra
nos dieron en los días
de juventud y locas alegrías,
¡sombra al sepulcro solitario dan!
(*A orillas del torrente*).

¡Cuán esquivos y dulces esos labios
abrazadores, húmedos y rojos
que ósculos brindan al decir agravios!
¡Ay! ¡cuánto tiempo ya, cuánto, Dios mío,
que duerme sola en su sepulcro frío!
(*Nola*).

El final de *Eliveria* parece escrito por un asceta medieval:

¡Cuánto!... ¡Locura! Hiel..., dolor, rüido
fue la existencia, y tus umbrales huello,
¡oh muerte!, ansiando desamor y olvido.

De las poesías amorosas de la segunda época no hay ninguna dedicada a la esposa de Isaacs, aunque *Amor eterno* podría tomarse en este sentido. Una de las más bellas poesías líricas de Isaacs — *Ten piedad de mí* — se ha considerado popularmente como dedicada a su heroína romántica, y en varias ediciones se ha publicado con el título de *María*.

Durante los años 1880-1885 Isaacs escribió varias poesías para sus hijos: *A Virginia y Rufino*, *Adormeciendo a David*, *Albor*, *A mi hija Clementina*, *La bella de noche*. Quizá la más lograda sea *Adormeciendo a David*.

En *El dios del siglo* Isaacs se queja amargamente de que vive en un mundo sólo de valores materiales:

No temáis de otro Dios la omnipotencia:
danzad en torno del Becerro de oro,
y ahogad, ahogad en estruendoso coro
la impertinente voz de la conciencia.

La virtud no es virtud, es impotencia;
 humo el Dios de Israel a quien adoro:
 bien en la faz del pobre sienta el lloro;
 sólo un crimen es crimen: la indigencia.

Una de las mejores poesías de la segunda época de Isaacs permanece desconocida. Se llama *Resurrección* y fue réplica a una poesía escéptica de igual nombre escrita por el colombiano Diógenes A. Arrieta en 1878. En su poema de polémica religiosa Arrieta había dicho:

Muere el hombre, no torna a levantarse
 ¡Y nunca volverá!
 Resucitan las fuentes y la planta;
 Mas el que dijo a Lázaro: ¡levánta!
 ¡No ha vuelto en los sepulcros a llamar!

Isaacs acepta el reto y contesta en sentidos versos:

¿Muere el hombre, no torna a levantarse?
 ¿Morirse no es dormir
 De madre tierna en el fecundo seno?
 ¿Es lodo el hombre y su sepulcro cieno,
 Y el lodo siente y ama y duda en ti?

Como en la primera época, hay varias poesías narrativas de estos años sobre los horrores de las guerras civiles. De 1874 son *La agonía del héroe* y *La tumba del soldado*, y ambos pueden haber sido escritos a raíz de experiencias personales del autor. En *La agonía del héroe* éste se acuerda en el momento de expirar de una novia que lo despreció.

Sobre *La tumba del soldado* llora un perro fiel:

y bajo la cruz de tosco leño
 lame el césped aún ensangrentado
 y aguarda el fin de tan profundo sueño.

Isaacs escribió *Después de la victoria* tras su decisiva actuación en la batalla de los Chancos (31 de agosto de 1876). En un ambiente de pesadilla, la Muerte se aproxima al lecho del poeta y lo hiere con "su mirada negra y fría".

El tono jocosos de *Recuerdos de colegial* parece indicar que es de una época anterior a su publicación en *La Siesta*

en 1886¹¹. Se trata de un diálogo en que un joven descubre que el único modo de contentar a su novia es el darle celos con otra niña.

En *El imperio Chimila* encontramos una sorprendente nota heterodoxa:

Imperio de Sorlí, rey del Chimila,
¡Ya selva virgen de la cumbre al llano!
Jamás sumiso a ley del Vaticano,
Que los pueblos degrada y aniquila.

Isaacs tuvo la ambición de escribir un largo poema épico, pero como tantos otros proyectos suyos, éste quedó trunco. Publicó el primer canto de *Saulo* en 1881, y lo dedicó al General Julio A. Roca, entonces Presidente de la República Argentina. El poema es tan confuso que no se percibe cuál ha de ser su asunto. No es de sentir que el poeta no acabara este poema, pues como observó Gómez Restrepo¹², "es una cosa lamentable".

A Isaacs le tocó la triste suerte de escribir elegías con ocasión de la muerte de dos amigos queridos. La primera fue *La tumba de Belisario*, el fiel auxiliar de Isaacs en sus exploraciones en la costa del Atlántico. Los sentidos versos de *Elvira Silva* son de lo mejor que escribió Isaacs. Tan buenos le parecieron al hermano de la muerta, que el gran poeta modernista pensó costear una edición de ellos en Nueva York¹³. En la sección III del poema figuran juntos por última vez los dos hermanos:

Vano ensueño quizá... Delirio y gozo
del alma que memora o que presiente
la belleza inmortal... Lágrimas ciegan
los ojos que te buscan, y responden
al llamarte, gemidos a gemidos...

¹¹ JUAN DE DIOS URIBE, uno de los editores de *La Siesta*, nos dice que Isaacs le dio cuadernos de poesías escritas años antes para que escogiera lo que quisiera para su revista (*El Autonomista*, 23 de abril de 1899).

¹² *Sobre poemas*, en *Repertorio Colombiano*, XIII (1887), pág. 157.

¹³ Ver LUIS CARLOS VELASCO MADRIÑÁN, *Jorge Isaacs, el caballero de las lágrimas*, Cali, 1942, pág. 366.

¡Ay! tus risas, tu voz de arrullos llena
 para el dilecto y amoroso hermano,
 escuchar se figura; y que en su pecho,
 reina mimada del hogar, reclinas
 la cabeza de Psiquis en que aja
 las níveas rosas entre negros bucles...
 y dócil prisionera de sus brazos,
 finges huírle a él... Lívida... ¡Yerta!

Uno de los postreros poemas de Isaacs fue su canto a *La tierra de Córdoba*. Allí Isaacs alaba la industria y virtudes del pueblo antioqueño, a quien legaría sus restos poco tiempo después. Se siente hermano de raza de este pueblo que reconoce sus virtudes:

¿De qué raza descendes, pueblo altivo,
 titán laborador,
 que le abres amoroso tu hogar al peregrino
 y tienes para humildes virtudes galardón?

Por eso el poeta se hace eco de la creencia popular sobre el origen de los antioqueños; se le figura que sus hijas son otras tantas hijas de Israel. Al exaltar el supuesto origen semítico del pueblo antioqueño, Isaacs hace recriminaciones a los colonizadores españoles:

La Iberia en sus conquistas no creaba
 pueblos de tu poder:
 vivieron en espanto, de hinojos... turba esclava,
 los que diezmo, ya indómitos, Fernando el Tigre rey:
 [...]
 ¿España qué les dio del Nazareno?
 ¿La ley de paz y amor?
 Dejó de cien naciones los insepultos huesos,
 cabezas de Atahualpa, del Zipa y Guatimoc.

Posiblemente estas críticas deben interpretarse como una reacción a las persecuciones que él había sufrido y que atribuía a su raza judía: recuérdense en esta conexión los últimos versos de *Río Moro* ("yo con mi ambición, pobre y proscrito, / de mi raza infeliz purgo el delito").

En sus últimos años Isaacs escribió varias poesías de tendencia filosófica: *Insomnio*, *Lumbre de sombra*, *¿Qué?...*,

¡*Sed buenos!*, *La tierra madre*. Isaacs encabeza *Insomnio* con una cita de Goethe y procede a plantearse la eterna cuestión ¿de dónde venimos y a dónde vamos?:

¿De dónde vienes tú, fiera parlante,
Antropomorfo de cerviz erguida,
[...]

Y después de los siglos sin medida,
¿A dónde irá en descenso o ascendente?

¡*Sed buenos!* es de las poesías más amargas de Isaacs; sus estrofas destilan amargura:

No, no hay piedad ni tregua en el combate
con tu legión de inicuos, ¡oh Fortuna!
Y el lidiador valiente que se abate
ludibrio espere, compasión... ninguna.

Desvelos y virtud, gloria y tormentos...
—¡Atrás! Caed, gemid los temerarios.
—¡De sed morimos! ¡Hiel a los sedientos!
¡Sobran verdugos, cruces y calvarios!

En *La tierra madre*, una de sus últimas poesías, Isaacs expresa el deseo de volver a la madre de todos:

Envejecido en el dolor, ya quiero
dormir en tu regazo, vega umbría...

Parece que el poeta previó, al igual que otros escritores geniales, que su fama había de extenderse más allá de la tumba:

No pongáis los emblemas de la muerte
de mi vida futura en los umbrales.
Ni polvo fue, ni en polvo se convierte
la esencia de los seres inmortales.

A través del presente estudio hemos visto que la poesía de Jorge Isaacs es, ante todo, un fiel reflejo de su vida. Precisamente en esto consiste su importancia: que nos ayuda a entender su biografía. Así, por ejemplo, nos permite vislumbrar facetas insospechadas de su vida amorosa. La falta de referencias en su poesía autobiográfica a la heroína de *María* es uno de los aspectos más reveladores de su producción poética.

Aun cuando la poesía de Isaacs está muy por debajo del alto nivel de su novela, es de suficiente mérito para colocarlo entre los buenos poetas colombianos de segundo orden. El que la inmortalidad de Isaacs descansa sobre una sola obra genial no es único en la literatura colombiana. Además de Isaacs, ahí está el ejemplo de José Eustasio Rivera en la novela; y en la poesía, la fama de José Asunción Silva se basa sobre todo en su gran *Nocturno*¹⁴.

DONALD MCGRADY.

University of California,
Santa Bárbara.

APENDICE

A continuación reproduzco treinta y ocho poemas desconocidos de Isaacs que he recogido en revistas colombianas del siglo pasado. Excepto en los casos indicados, todas las revistas se publicaron en Bogotá. He creído conveniente modernizar la ortografía. Corrijo erratas evidentes, pero conservo incorrecciones de interés fonético (*balbució, extrangular, etc.*).

EL WALIS

Deja que ciña
Tu talle leve,
Que con mi seno
Tu seno estreche:
Sobre mi mano
Tu mano tiemble:
Tu nívea falda
Silbando vuele
Y tu guirnalda
Roce mis sienes...
Todo tu aliento
Me pertenece.

¹⁴ Quiero expresar aquí mi agradecimiento al Social Science Research Council, cuya beca hizo posible este estudio.

¿Ves cómo admiran
 Tu breve planta?
 Tus movimientos
 Quién no admirara
 ¡Si al junco imitan
 Que mece el aura!
 Dicen que te amo...
 Dicen que me amas...
 Deja que busque
 De tu mirada
 La luz quemante,
 Vida de mi alma.

¿Así en mis brazos
 Por qué no vives
 Como la liana
 Que al sauce viste?
 ¿Por qué así a solas
 No me sonríes
 Del ruido lejos,
 Del mundo libres?
 Toma mi vida,
 Tómala y dime
 Lo que en mis sueños
 Siempre me dices.

Di, di muy paso...
 Suene en mi oído
 Tan dulce y quedo
 Como el suspiro
 De fresca brisa
 Que en el estío
 Besa las aguas
 Del lago tibio...
 No esquiva bajas
 Los ojos lindos...
 Cerca, más cerca...
 ¡Mil veces dilo!

1861.

En *El Valle* (Cúcuta), núm. 9 (4 de junio de 1869), pág. 116.

ESQUELA A SOLINA

Dice el doctor que estoy convaleciente,
 Gracias por la sabrosa jaletina:
 Tiembla al tocarla, como tú, Solina,
 Si se rozan mis labios con tu frente.

Tú me puedes curar la intermitente
 Que se burla de Pardo y la quinina;
 Sólo en tu boca está mi medicina
 Y la salud me niegas inclemente.

Mas si tomas mi ruego por delirio,
 Y atrincherada en tu recato adusto
 No le das a mi amor esa corona

Conquistada en dos meses de martirio,
 Para morirme holgado y a mi gusto
 Mándame sin tardanza una poltrona.

1864.

En *El Hogar*, III (1870), pág. 80.

¡AL MAR!

Canto dedicado al Sr. Salvador Camacho R., dirigido a los obreros
 de la 1ª sección del camino de Buenaventura.

Vednos salvar las azuladas cumbres
 Que de oro tiñe al ocultarse el sol,
 Rasgando el leve pabellón de nubes
 Que la senda de Willianson veló.

Eso que veis en la erizada sierra
 Como una cinta de nevados, es
 La recta fila de las blancas tiendas
 Que ya mañana dejaréis de ver.

Mora bajo ellas el caucano pueblo:
 Sus odios al templarlas olvidó,
 Partiendo el pan los que enemigos fueron,
 Alzando juntos su plegaria a Dios.

Venid a presenciar nuestro combate;
 No hay lamentos ni lágrimas tras él:
 De nuestras hachas al cortar, se abaten,
 Las selvas y os saludan al caer;

Y vemos en las tardes, como vieron
Las indígenas tribus al huir
Del ibero cruel, los campos bellos
Del Cauca y sus celajes de zafir.

Hacia el Oriente la nativa tierra
Queda con lo que adora el corazón,
Mas al ponerse de *Colón la estrella*
Nos enseña la mar con su arrebol.

¡Al mar! ¡al mar! Salpique nuestras lonas
Con sus espumas. ¡A la mar!... ¡Oíd!
Ya con sus vientos nuestro campo azota,
Sus voces ya resuenan hasta aquí.

Erízase impaciente su melena
De nuestros campos esperando el pan;
Del viejo mundo a nuestras costas llegan
Por él las naves oro a derramar.

¡Vamos allá! nuestras quemadas frentes,
En sus ondas bellísimas a ungir,
Y ancianos contarán mis montañeces [*sic*]
Cuánto valioles el llegar allí.

Vamos. No son tan sólo nuestros Andes
Lo que hizo digno de sus manos Dios;
Hay algo más sublime, algo más grande
Que aun tiembla bajo el brazo que le crió:

Algo que sabe remedar las iras,
El ceño y los acentos de Jehová;
Que antes de verlo el hombre no imagina
Y enmudece al hallarlo; eso es el mar.

Vamos a ver sus horizontes de oro,
Su inmensa alfombra de espumante azul,
Cuando refleja en su tranquilo fondo
De la luna naciente la alba luz.

Vamos a ver sus tempestuosas noches,
Cuando tan sólo el pálido fulgor
Del rayo alumbra sus hirvientes moles
Ante las cuales huye el aquilón...

¡Al mar! ¡al mar! Salpique nuestras lonas
 Con sus espumas. ¡A la mar!... ¡Oíd!
 Ya con sus vientos nuestro campo azota,
 Sus voces ya resuenan hasta aquí.

Campamento del Bernal — noviembre de 1864.
 En *El Mosaico*, III (1864), pág. 359.

A HENRIQUE
 ¡ORA Y ESPERA!

Mi alma vuela hacia ti; la tarde muere;
 La soledad adormecida alienta;
 Tras de esas cumbres que la noche enluta
 El Cauca baña tu nativa tierra
 Inmóvil y de pie, siguen tus ojos
 Del Sol que hundiose la apagada huella.
 Por tu memoria los hermosos días
 Entonces pasan de tu edad primera;
 Hermosa edad que recorrimos juntos,
 De besos maternos e inocencia:
 Ves las campiñas del paterno campo,
 Y el aroma respiras de sus selvas:
 De tu labor regresas fatigado,
 Y en el dintel de nuestra casa esperan
 La dulce madre, los alegres niños,
 El noble padre y las hermanas tiernas...
 Ese lloro detén: Dios lo ha querido:
 Los brazos que juntaron las cabezas
 De ese grupo feliz, heló la muerte...
 Sobre una roca o la caliente arena
 Hoy las quemadas frentes reclinamos:
 Roto el junco del haz, la espiga vuela;
 Mas fecunda es doquier cuando la abona
 Prudente labrador: ¡ora y espera!
 [...] *
 De tu primer amor; si así tan bella
 Tornas a ver la niña enamorada
 Que engalanó tu ardiente adolescencia...
 Infiel a su pesar; y oyes su acento
 Que tímido murmura esa promesa,

* Falta un verso.

A tu alma grata cual su voz doliente
 A los sentidos es; si el Zabaletas
 Imaginas oír, tal cual solloza
 En saltos destrenzado por sus vegas;
 Si pobre y fatigado de tu vida
 La soledad entonces te amedrenta,
 No, no desmayes: tras el sol que abrasa
 Viene la tarde de perfume llena;
 Y más allá del arenal sin fuentes,
 Cuyos reflejos al viandante ciegan;
 Bajo ese azul lejano y desleído
 Que huir parece cuanto más te acercas,
 Hay sombras, auras y silvestres flores;
 Y de ese edén de tu esperanza reina
 Será la esposa enamorada y pura
 Con que en tus noches para alivio sueñas:
 Un ángel de esos que a la tierra envía
 Dios en premio de fe: ¡jora y espera!

Mayo de 1865.

En *El Mosaico*, IV (1865), pág. 170.

CUANDO LA VACA VIENE AL SESTEADERO

Traducido de Hogg.

Zagales alegres, cantores del campo,
 Venid un secreto muy dulce a escucharme;
 Lo ignoran los señores;
 ¿Me prometéis guardarle?
 ¿Cuál es la mayor dicha
 Que puede ambicionarse?
 De una linda zagala mirar los ojos negros,
 Entre claro y oscuro,
 Cuando la vaca viene al sesteadero.
 No dan esa dicha la regia corona,
 Brillante coraza ni lecho de plumas:
 Está bajo los bosques
 De abedules oculta,
 En las hermosas vegas
 Que la campiña surcan,
 De la pastora amada en los labios bermejos,
 Entre claro y oscuro,
 Cuando la vaca viene al sesteadero.

Entonces el alma se asoma a los ojos
 De aquella que amamos, y ardiente nos mira:
 De amor son los suspiros,
 De gozo las sonrisas...
 ¡Oh! ¡quién una corona
 Entonces cambiaría
 Por la pastora linda que le concede un beso,
 Entre claro y oscuro,
 Cuando la vaca viene al sesteadero.

Ved ese mancebo que sube al collado:
 Guardó ya en seguro redil las ovejas:
 Sus corderillos duermen;
 Dormir él no desea
 Porque de amor se abrasa,
 Y a encontrar va a su bella,
 Que le espera temblando de amor, placer y miedo,
 Entre claro y oscuro,
 Cuando la vaca viene al sesteadero.

La fama y fortuna ¿qué bienes en pago
 De tantos desvelos ofrecen al hombre?
 El oro y vanas glorias?...
 De los humanos goces
 Dadme aquel con que sueñan
 Amantes corazones:
 Mi pastora querida, su talle y labios frescos,
 Entre claro y oscuro,
 Cuando la vaca viene al sesteadero.

1865.

En *La República*, núm. 10 (4 de setiembre de 1867), pág. 39.

MI TIERNA GUITARRA

Traducido de Van-Dick.

Dejemos los salones rebosantes
 De luz, de juventud, flores y aromas,
 Y vamos a vagar por las florestas
 En la noche azulada y silenciosa:
 Al trémulo fulgor de las estrellas
 Allí te cantaré las dulces trovas
 De tardes felices, pulsando mi blanda,
 Mi tierna guitarra.

Te contaré el dolor de la doncella
 Cuando expiró su noble caballero;
 Cómo, herida en el alma, para siempre
 Cerró sus ojos apacible sueño:
 Te mostraré el corcel horrorizado
 Al ver por tierra su jinete diestro...
 Tendré, si suspiras, de nuevo templada
 Mi tierna guitarra.

1865.

En *La República*, núm. 17 (23 de octubre de 1867), pág. 67.

EL ESCLAVO PEDRO

Fidelidad, tú eres hija del cielo;
 En vano tus altares mancha el perverso:
 En mi camino
 Regaste algunas flores; ¡yo te bendigo!
 Siempre a ese ángel que vaga sobre la tierra
 Para darte su apoyo, triunfante veas:
 Velen mi tumba,
 Malezas, si las mojan lágrimas tuyas.
 Ven y enseña a mis ojos la oculta huesa
 Donde yace un soldado... Hoy en la tierra
 Donde la muerte
 Desafió valeroso, ¡no hay quien la muestre!
 Cuando mi alma sus alas cansadas tiende
 Y cruza el ancho valle do el Cauca duerme,
 Sobre las sierras
 Va a posarse do nace el Zabaletas:
 Añosos ya los sauces desgaja el cierzo
 Que en torno de el [*sic*] castillo verdes crecieron:
 ¡Cubren las zarzas
 Los arroyos que orlaron rosas galanas!
 Allí sobre esas rocas, de donde el río
 Se divisa en la vega, siendo yo niño,
 Al pobre Pedro
 Escuché muchas tardes sus lindos cuentos:

Sentado en las rodillas del fiel esclavo
 Contemplaba su rostro noble, admirando
 Esas princesas
 Que encantaban los genios en otras tierras.

 Sus cantos quejumbrosos que en las orillas
 Del Atrato se escuchan, me adormecían
 Cuando brillaban
 Ya en el valle las luces de las cabañas.

 A nuestro hogar tranquilo, sobre sus hombros
 Me llevaba en silencio, mientras mis ojos
 Entre las sombras,
 Divisaban del río blanquear las ondas.

 De la paterna casa salí: en sus brazos
 Me estrechó conmovido; y en lloro ahogado,
 Me dijo entonces:
 —“No te veré, amo mío, cuando seas hombre”.

 El hubiera habitado mi estancia pobre,
 Cual la rica morada de mis mayores:
 ¡El buen anciano
 Mis hijos arrullara hoy en sus brazos!

 En *La Patria*, II (1878), pág. 16.

TU IMAGEN DE MARIA

Al señor José de la Cruz Restrepo.

Hace un lustro que errante
 Por las montañas,
 Cuyas cumbres en nieblas
 Emboza el Arma,
 El ronco estruendo
 De Segovia llevome
 Confuso el eco.

 Con mi morral fajado
 Llegué a tu puerta
 A dar mi despedida,
 Tal vez postrera,
 Al noble amigo
 Que valor y consuelos
 Daba al proscrito.

Al soldado, sin Patria
Ni hogar ni nombre,
Un don para su viaje
Le hiciste entonces;
Y fue una imagen
De la que Dios a Cristo
Dióle por Madre.

El viajero en la margen
De una corriente,
Cuando el viento follajes
Frondosos mece,
Flores y hojas
Ve pasar confundidas
Sobre las ondas;

Mas si una flor se acerca
Desconocida
Como a asirse del césped
De aquella orilla,
Tiende su mano
Por tomarla, afectuoso,
Mas ya ha pasado...

Nadie podrá contarte
La triste historia
De mis últimos años...
Ni la amorosa,
Fiel compañera
Que concediome el cielo,
¡Ay! ¡sí, ni Selfia!

Mas de tu Virgen Santa
La dulce imagen
He llevado conmigo
Como deseaste;
Y en larga lucha
Con el mundo y mi suerte
Diome su ayuda.

En los desiertos, cuando
Llegar veía
La noche de regiones
Desconocidas,
Y Dios tan sólo
Por mi rostro miraba
Rodar mi lloro:

En la tumba do pudo
 Mi joven frente
 Marchitarse en instantes,
 Donde la muerte
 Confuso el nombre
 Del mejor de los padres
 Sólo dejome:

Al dar mi adiós postrero
 A esa morada,
 Sus bosques, sus llanuras
 Y sus montañas,
 Do de mi vida
 Corrieron presurosos
 Tan bellos días:

Al ahogar los sollozos
 Contra mi seno
 De una madre viuda,
 Sin pan... sin techo...
 ¡Allí a su lado
 Tres huérfanos su suerte
 Triste ignorando!...

¡Ah! ¡basta! ¡basta! es justo
 Dios te bendiga,
 Amigo verdadero;
 Y tú, María,
 ¡No me abandones!
 Si sucumbo, ¡tu amparo
 Dale a mi prole!

Enero de 1866.

En *La Caridad*, II, núm. 27 (2 de marzo de 1866),
 págs. 428-429.

LA TARDE AZUL

Al señor Florencio Briceño.

"¡Ah! ¡de ti sólo una tumba
Demandaba humilde yo!

...

Adiós, adiós, patria mía,
¡Aún no puedo odiarte, adiós!".

CARD.

Veladas apacibles,
Tranquilo sueño...
Campesinos cantares,
¡Alegres juegos
De aquellos años
Que tantos de infortunio
Van alejando!

Primera confidencia
De amor de niño
Bajo los guarandayes
Del manso río...
¡Primer caricia
Trocada por palomas
A mi María!

¿Por qué, por qué a mi mente
Venís tan bellas,
De la infancia tranquila
Dulces escenas,
En esta hora
En que a mi alma pesares
Cruelles agobian?

Venid, que pronto en vano
Querré las selvas
Divisar azuladas
Do el techo humea,
Testigo mudo
De mis años felices
Y de infortunio.

¿Es un sueño de mi alma?
¿Sólo un delirio?
¡Ay! conceder al hombre
Dios no ha querido
Que tanto ame
Lo que puede la mente
Débil forjarse.

Si volviera esas cumbres
A hollar mi planta,
Bajo las verdes grutas
Que de oro y grana
Bordan los musgos
Hallara yo las huellas
Del paso suyo.

Yo iré, yo iré a esos bosques:
Cuando la luna
Argenta las cascadas
En la espesura;
Allí las nieblas
Con luminosas gasas
Su sombra velan.

De mi madre al dormirnos
El blando arrullo,
A mis ojos el sueño,
Los ojos tuyos
Venir hacían;
Y hora velo y tú duermes...
¡Duerme y alivia!

Los cantos de tu bardo,
Mis pobres trovas,
Lágrimas son debidas
A tu memoria;
En mi alma eco
De tu postrer sollozo
Y último beso.

Al pie de aquellos montes
De azules mantos
Por la luz de la tarde
Tornasolados,
Está el sepulcro
Do malezas ocultan
El nombre suyo:

¡Adiós, bosques natales!
 Su tumba os queda:
 Llevo sólo un sarmiento
 De su maleza
 Para que cubra,
 Si muero en tierra extraña [*sic*],
 También mi tumba.

Junio de 1866.

En *El Hogar*, III (1870), pág. 42.

¡SIEMPRE CONTIGO!

¡Siempre contigo! Si negome el mundo
 Hacerte reina de mi pobre hogar,
 Siempre contigo me hallarán las horas
 En que alivian mis sueños tanto afán.

Feliz contigo en mi niñez vivía,
 Contigo siempre imaginé vivir;
 Mas el cielo no oyó mi único ruego
 Y humana ley me separó de ti.

Dueño de tus caricias, inocente,
 Ignoro si me amabas y te amé;
 Pero en la ausencia conservé dichoso
 Tu imagen casta cual mi solo bien.

Te he vuelto a ver: orlaron de diamantes
 Tu frente que su labio marchitó...
 Y tus sonrisas pálidas no pueden
 Velar de tu alma el inmortal dolor.

Te vuelvo a ver, y tu belleza en vano
 Provoca mi secreto frenesí:
 Antes que mancillarte en mi locura,
 Aun me resta valor para morir.

Mas si es un crimen enjugar tu lloro,
 Siempre ese crimen lo cometa yo;
 Si es un delito amarte, ese delito,
 Impune siempre, consintíome Dios.

1866.

En *Revista de Santiago* (Santiago de Chile), I (1872), pág. 958.

¡VE PENSAMIENTO!

Como las brisas
De aroma llenas
De aquellas tardes
Siempre tan bellas,
Que ora doliente
Mi alma recuerda,
Ve, pensamiento,
Ve libre y vuela
Por los collados
Y las florestas
Donde pasara
Mi edad primera.

En las montañas
Hay azucenas,
¡Ay! ¡que no nacen
Ya para ella!
Como a las cumbres
Volubles nieblas
Las matutinas
Auras elevan,
Ve, pensamiento,
Ve libre y vuela
Por do en cascadas
El Zabaletas
Baja formando
Húmedas vegas.

Ve, pensamiento,
Ve libre y vuela
Por los jardines
Do amante espiela;
Do en las auroras,
De rosas frescas
Llenar su falda
La vi risueña...
¡Edén perdido!
¡Santa inocencia!
¡Angel de un día
Sobre la tierra!...

Ve, pensamiento,
Ve libre y vuela,
Como los vientos
Que el césped riegan
Con azahares
Y rosas muertas...
¡Que ya no adornan
Sus negras trenzas!

Mi hogar ruinoso
Cárabos pueblan:
Por las techumbres
Rotas, penetra
Luz de la luna,
Luz macilenta...
Como los cierzos
En noches negras
Sobre esos muros
Gimen y vuelan,
Despedazando
Su airón de hiedras,
Ve, pensamiento,
Ve libre y vuela
Sobre el sepulcro
Do la maleza
Cubre la losa
Ya cenicienta
Que sollozantes
Mis labios besan.
Llama en su tumba,
Llama en la puerta
Que en mi camino
La muerte cierra;
Mas si a tus ruegos
Sorda la encuentras...
Dolor que matas,
¡Bendito seas!

1867.

En *La Patria*, I (1877-78), págs. 473-474.

TUS OJOS

Son mi ley vuestros antojos,
 Mi infierno vuestros rigores,
 Ojos negros soñadores
 Más queridos que mis ojos.

Ojos que me prometéis
 Cuando me miráis vencido
 Lo que jamás es cumplido,
 ¿Perder mi amor no teméis?

Soñé que os encontraría
 Y os hallé para perderos,
 Ojos que negáis severos
 Lo que implora el alma mía.

Bajo esas luengas pestañas
 Vuestra luz sorprendí en vano,
 ¡Bellas noches de verano
 De mis nativas montañas!

Ojos que me prometéis
 Cuando me miráis vencido
 Lo que jamás es cumplido,
 ¿Perder mi amor no teméis?

1870.

En *El Hogar*, III (1870), pág. 33.

INOCENCIA

A mi preciosa amiguita
 María Josefa Samper.

—Niña, ¿de las bellas flores
 Que tu delantar oculta
 Permites a este viajero
 Llevar una, sólo una?
 —Son de la Virgen, señor,
 Pero en las selvas abundan.
 —Alza del sue'lo esos ojos
 Que en vano mis ojos buscan;
 Deben tener de tu acento
 La gratísima dulzura.

¿Las espinas de los bosques
 Tus desnudos pies no punzan?
 ¿De tus cabellos, las zarzas
 No dañan las ondas rubias?
 —Yo busco los alfombrados
 Con yerbecillas menudas
 Y los zarzales no crecen
 Bajo las bóvedas húmedas.
 —¿Sola vas por estos montes,
 La soledad no te asusta?
 —Cantando se espanta el miedo,
 Pero no hay duendes ni brujas.
 —¿Quieres llevarme a la umbría
 Donde esas aguas murmullan
 Y cantarás las canciones
 Que las palomas te escuchan?
 —He aquí la senda — ¡Detente!
 Angel de las crenchas rubias,
 Llévale al templo tus flores,
 Su altar con ellas perfuma...
 Y huye de los caballeros
 Que tu verde valle cruzan.

1870.

En *El Hogar*, III (1870), pág. 33.

[¿AMISTAD? en otras ediciones]

A la eterna amistad que así me juras,
 Tu desdén y tu olvido yo prefiero.
 ¿Sólo amistad tus ojos me ofrecían?
 ¿Sólo amistad mis labios te pidieron?
 De tu perjurio, en pago mi perjurio,
 De tu cobarde amor, mi amor en premio
 Demandas hoy, ¡ahora que arrancarte
 De mi humillado corazón no puedo!
 Si no he soñado que te amé y me amaste,
 Si esa felicidad no ha sido un sueño
 Y nuestro amor fue crimen... ese crimen
 A mi vida te unió con lazo eterno.
 Cuando a la luz del arrebol dorado,
 De la verde ribera en los oteros
 Silvestres flores para mí cogías
 Con que adornaba yo tus bucles negros;

Cuando en la cima del peñón, el río
A nuestros pies rodando turbulento,
Libres como las aves que cruzaban
El horizonte azul con tardo vuelo.

Te oprimí temblorosa entre mis brazos
Y enjugaron tus lágrimas mis besos...
¿Sólo amistad entonces me ofrecías?
¿Sólo amistad mis labios te pidieron?

En *El Hogar*, III (1870), pág. 52.

EL MUNDO POR UN SONETO

- Siéntate junto a mí — ¿Más? — Es preciso.
Pluma, tinta — Y papel — ¿Sabes qué gano?
— Pues un... — Sí — ¿Quiere un pie? — Dame una mano.
— No doy a cuenta nada; se lo aviso.
— Mas siendo yo formal y tan sumiso...
— ¡Mucho, mucho!... aquí está; todo lo allano.
— ¿Cuándo encerrar en un soneto enano
Tal poema de amor un vate quiso?
— Si en vez de concluir lelo me mira...
— ¿No son siempre tus ojos mi embeleso?
— Y si sólo a usted ven, ¿por qué suspira?
— Suspiro de placer — ¿Será por eso?
— Dame otro instante y... — ¿Ya? — ¿No ves, Elvira?
— ¿Concluyó? — ¡Paga! — Sí: mi alma... ¡Y un beso!

En *El Hogar*, III (1870), pág. 70.

EL PRIMER BESO

Jugaba yo en mi infancia
Con una prima,
De todas las de entonces
La más ladina:
¡Qué ojos tan bellos!
¡Qué labios y qué frente!...
¡Jesús! ¡qué cuerpo!

Contábamos entonces
Once o doce años,
Y en la misma semana
Nos bautizaron;
Pero a los doce
Inocentes las niñas
Eran entonces.

Cuando íbamos al cerro
Algún domingo
Llenaba su pañuelo
Yo de mortíños,
Y a veces coja
Andaba por quedarse
Conmigo a solas.

Cuando así nos dejaban
Iba contenta
Asida de mi brazo;
Y a solas era
Que de su hechizo
Abusaba, buscando
Los ojos míos.

Al verme avergonzado
Loca reía
Acercando a mi cara
Su cara linda,
Y mi sombrero
Quitándome, gritaba:
¿Quieres un beso?

Tantas veces propuso
La misma cosa,
Que más tarde le dije
Dámelo ahora.
Pero al instante
Dejando de reírse
Quiso alejarse.

El fuego de mis ojos,
Mi ruda mano,
Que estrechaba la suya,
La amedrentaron,
Triste y callada
Esa tarde volvíose
Para su casa.

Su voz aquella noche
 Turbó mis sueños
 Diciéndome quedito,
 —¿Quieres un beso...?
 Y hubiera dado
 Porque sueño no fuera...
 ¡Yo no sé cuánto!

¡Qué tortura, qué lejos
 Otro domingo!
 Una semana entera...
 ¡Cuánto, Dios mío!
 Una semana
 De lecciones de *Fleuri*,
 O haciendo planas!

Un hermoso vestido
 Pedí a mi padre,
 De botones dorados
 Y albos encajes.
 Eran las plumas
 De mi gorrilla, blancas
 Como la espuma.

Llegó al fin el domingo:
 Pequé en la misa,
 Porque estuve pensando
 Sólo en mi prima,
 Mientras *alzaban*
A Santos; en mis sueños
 Sólo pensaba.

¡Qué hermosa fue la tarde!
 ¡Qué linda era!
 Pero estaba mi prima
 Mucho más bella...
 De leve gasa
 Como el cielo sin nubes
 Era su falda.

En rizos desparcidos
 Sobre los hombros
 Sus cabellos castaños;
 Sus negros ojos,
 Bajo del ala
 De italiano sombrero,
 Reverberaban.

Al fin solos nos vimos,
Trémulos ambos
Indecisas las plantas...
Los ojos bajos:
—¿Quieres un beso?
Balbució, ¡y por respuesta
Voló a mi cuello!

En *Revista de Santiago* (Santiago de Chile), II (1872-1873), págs. 578-580.

LA AGONIA DEL HEROE

Tuvo valor para arrostrar la muerte;
No fue para vivir bastante fuerte.

Al fin de la batalla, agonizante
Sobre el caballo muerto
Lo encontré en la ribera,
Rota la espada que empuñó triunfante,
Tinta en sangre a sus pies nuestra bandera.

La cabeza en mi pecho reclinada,
Un último destello
Del alma iluminó su rostro bello:
Trémulo el labio, incierta la mirada,
Dijo al asirse, ahogándose, a mi cuello:
“¡Ingratitud!... Mentía...
Que la perdono di... Ya nunca mía...”.

1874.

En *Revista Latino-Americana* (París), II (1874), pág. 497.

AMOR ETERNO

Puso el Creador en tus esquivos ojos
Cuanto bello soñó mi loca mente;
Para saciar la sed de mi alma ardiente
Diole a un ángel mortal tus labios rojos.

El anhelante seno... los sonrojos
Que el mármol tiñen de su casta frente,
El blando arrullo de tu voz doliente
Si miras en mi faz sombras o enojos...

¡Amor! Amor ideal de mis delirios,
Eterno amor que el alma presentía,
Galardón de cruellísimos martirios,

Puso en tu virgen corazón el Cielo
Para hacerte en la tierra sólo mía,
En mi existencia luz, gloria y consuelo.

En *La Patria*, I (1877-1878), pág. 196.

A VIRGINIA Y RUFINO

Recuerdos de infortunios y delicias
De otro mundo tal vez, llevo en el alma;
De lamentos y adioses y caricias,
De un amor infeliz memoria vaga.

Sueños o realidad, el bien perdido
Es esta sombra que mi frente empaña;
Mas al veros dichosos, al olvido
Doy el dolor y sécanse mis lágrimas.

¿Qué os dije de infortunios y dolores?
Para una eternidad, vuestro amor basta,
Y aquí en la tierra cubrirá de flores
Paterno amor la senda que os aguarda.

Si alguna vez os cuentan que leyeron
Mi nombre en una tumba solitaria,
Bajo los verdes bosques do corrieron
Los venturosos años de mi infancia...

Orad, orad por el amigo ausente;
Del bueno la oración, al cielo alcanza:
Por mí favoreced al indigente;
Es de ángeles o un Dios secar sus lágrimas.

En *La Patria*, I (1877-1878), pág. 537.

RESURRECCION

A Diógenes A. Arrieta.

“Muere el hombre, no torna a levantarse”
Tu labio blasfemó:
De muertos inmortales es tu ciencia,
Sus virtudes son luz en tu conciencia,
Tu gloria de otra gloria resplandor.
¿Muere el hombre, no torna a levantarse?

¿Morirse no es dormir
 De madre tierna en el fecundo seno?
 ¿Es lodo el hombre y su sepulcro cieno,
 Y el lodo siente y ama y duda en ti?
 Muere el hombre y no torna a levantarse
 Y oyes a tu querer
 El batallar, las liras y el gemido
 De tantos ¡ay! ¡que mártires han sido
 Por verdad, por amor y por su fe!
 ¡Muere el hombre, y no torna a levantarse!
 Sócrates y Jesús
 ¿No existen, no te enseñan, polvo fueron
 Que a su paso los siglos esparcieron?
 ¿Dulce el tósigo fue, baldón la cruz?
 ¿Muere el hombre, y no torna a levantarse?
 Desaliento y horror.
 Hábito, aroma o soplo *de la nada*
 Fue de Eloísa el alma enamorada...
 ¡Y era cieno también su corazón!
 Muere el hombre, y no torna a levantarse.
 ¡En vano es ya morir!
 ¡Y mis últimos besos palpitaban
 En esos labios que al besar juraban
 En un mundo mejor amarme así!
 Muere el hombre, y no torna a levantarse:
 Padezco... ¿y vivo aún?
 Humano miedo fue, Jehová, tu ira;
 ¡Tu amor y mi esperanza eran mentira!
 Me circundaban tinieblas... ¡y son luz!
 Muere el hombre, y no torna a levantarse.
 ¡No revive jamás!
 Bardo, recoge tu corona santa,
 Y por quien dijo a Lázaro — ¡levanta!
 ¡La gloria en tu sepulcro llamará!
 En *Miscelánea Literaria* (Buga), núm. 8 (20 de julio de 1906),
 págs. 155-156.

LAS GAVIOTAS

Alados copos de nívea espuma,
 Tras de la bruma
 ¿De do venís?
 ¿Visteis los montes y selvas gayas,
 El limpio cielo, las verdes playas
 de su país?

Allá esos labios... por mí suspiran:
 Ojos que miran
 La mar azul,
 Cansados buscan la blanca vela
 Que de estas costas lejanas vuela
 Rumbo hacia el sur.

Sol macilento... ya moribundo
 Mar iracundo
 Bajo mis pies:
 Así te extingués, lumbre del alma...
 ¡Piélago hirviente que Dios no calma,
 Mi pecho es!

Como esas nubes, etéreas naves;
 Como esas aves
 Que el aquilón
 Junta vagando sobre las olas,
 ¡Ah! nuestras almas, tristes y solas,
 El Hado unió.

¡Huerto frondoso!... Dulces ensueños,
 ¡Campos risueños
 Del Cachapoal!
 ¡Ángel esclavo!... ¡Reina vendida!
 Gloria y consuelo, luz de mi vida,
 ¿En dónde estás?

¿Qué fuerza pudo de entre mis brazos,
 Hecho pedazos
 El corazón,
 Así arrancarte? Sus embelesos,
 ¿Quién a mis ojos, quién a mis besos,
 ¡Ay! les robó?

Aves marinas, libres viajeras,
 Que de riberas
 Del Sur venís,
 Como vosotras, la mar rugiente,
 De aquellos labios mi alma pendiente,
 ¡Crucé feliz!...

En las tormentas, a estos peñones
 Los aquilones
 Os volverán:
 Hacia mi tumba tendad el vuelo:
 Que el sol los mares dore y el cielo
 Allí esperad.

Sol macilento... ya moribundo:
 Mar iracundo
 Bajo mis pies:
 Así te extingues, lumbre del alma...
 ¡Piélago hirviendo que Dios no calma,
 Mi pecho es!

En *La Patria*, I (1877-1878), págs. 568-569.

MERCEDES

Mercedes hacen los reyes,
 Mercedes sueña el amor,
 Mas Mercedes como tú...
 ¡Sólo puede hacerlas Dios!

En *La Pluma*, núm. 3 (26 de junio de 1880),
 pág. 24.

POR TI SUSPIRO

Cuando en la nube de aromas
 Que te circunda, respira
 El alma a tus pies de hinojos,
 Reina y cautiva,
 Tus bellos ojos
 Húmedos miro,
 Porque te llegan
 Ecos perdidos
 De los sollozos
 del pecho mío
 Por ti solloza,
 ¡Por ti suspiro!

Si tus canciones escucho
 En delicioso embeleso,
 De mis montañas natales
 Oigo los vientos;
 De sus turpiales
 Alegres trinos
 En las auroras
 Del blondo estío.
 ¡Ay! ¡canta! ¡canta!
 Para mi alivio,
 Que sólo entonces
 Por ti suspiro.

Cuando gozosa o doliente
 Tu pudibunda mirada,
 Toda mía... los anhelos
 Oyes de mi alma,
 Quejas y celos,
 Castos desvíos,
 Glorias y dichas,
 Dulces delirios
 Hay en tus ojos...
 ¡Dímelo, dílo!
 ¿Por qué suspiras?
 ¡Por ti suspiro!

Triste, anheloso y errante
 Recorro lejanos climas,
 Y en ti pienso si la aurora
 Luce del día;
 En ti si él dora
 Los montes níveos,
 O moribundo,
 Lagos tranquilos
 En los desiertos
 De mi camino;
 Y en ti pensando,
 ¡Por ti suspiro!

En la corona de bardo
 Que así en mis sienas admiras,
 Bajo las flores fragantes
 Punzan espinas:
 De oro y diamantes
 Otras no envidio
 Que en sangre bañan
 Reyes altivos:
 Tú eres la gloria
 Y orgullo mío,
 Y esclavo tuyo,
 ¡Por ti suspiro!

Cruales dolores agotan
 Lo que de vida me queda,
 Y acaso tumba me niegue
 La patria tierra:
 Quizá no llegue
 Allí a mi oído
 De ti un sollozo...

Angel proscrito,
 Vuelve a mis brazos,
 Vuelve al Empíreo,
 Que allá, si tardas,
 ¡Por ti suspiro!

1880.

En *La Pluma*, núm. 10 (28 de agosto de 1880), págs.
 74-75.

ALBOR

Quince años cumples hoy; así lo avisa
 El aura que en tu veste juguetea,
 De tus labios la púdica sonrisa,
 La luz que en tus miradas centellea.

Lirio fragante que entreabrió la brisa,
 Trémulo al rayo de la luz febea,
 ¡Angel que temeroso el mundo pisa
 Y canciones del cielo balbucea!

De amor humano y del amor divino
 Hay el poder en ti, vida y primores,
 Y es de lumbre y tinieblas tu camino:

Sueño de amor... arcángel peregrino,
 No les temas del mundo a los dolores,
 Que amar como en el cielo es tu destino.

En *La Luz*, núm. 61 (20 de setiembre de 1881).

LA UNICA PATRIA

El país do nacemos no es la patria,
 Que amor la patria es.
 En vano, errante, busco la de mi alma,
 ¡Y nunca la encontré!

Estos bosques y mares son la tuya,
 Hechicera Isabel,
 Marina flor que besan las espumas
 Del níveo monte al pie.

Junto a ti, ¡qué de dichas y de glorias
 Sueña el alma otra vez!
 Perfume de las selvas de Tairona...
 ¡Oh! ¡llévame a tu edén!

Proscrito soy de un mundo en donde se ama
 Como en sueños amé.
 Hay de su cielo luz en tus miradas:
 ¡Condúceme hasta él!

[...]

¡Realidad! ¡Realidad! Desierto ardiente...
 ¡Abrasadora sed!
 ¡Y de mi patria en las campiñas verdes
 Sepulcro no tendré!

Diciembre-1881.

En *La Patria*, VI (1882), pág. 59.

EL PRIMER SONETO

Una vez... ¡Ah! figúrome que ahora
 Respiro aún su delicioso aliento,
 Y enardecido por sus labios siento
 El corazón que la suspira y llora...

—“Hazme versos así, dijo Leonora
 (¡Catorce eran de Lope, y un portentoso!”),
 “Y lo que pides te daré al momento
 Con la vida y el alma que te adora”.

Después... Más nunca demandó cantares,
 ¡Porque tan cerca palpitar se oían
 Mi corazón y el suyo!... Y luminares

Del alma aquellos ojos, que vertían
 Bajo mis besos luz y lloro ardiente,
 ¡Fuego inmortal dejaron en mi mente!

Diciembre-1881.

En *La Patria*, VI (1882), pág. 60.

EL IMPERIO CHIMILA

Imperio de Sorlí, rey del Chimila,
 ¡Ya selva virgen de la cumbre al llano!
 Jamás sumiso a ley del Vaticano,
 Que los pueblos degrada y aniquila.

Ni una humareda en su horizonte oscila...
 Ni leve sombra del orgullo humano
 En la extensión do fiero soberano
 Reinabas sólo tú, ¡salvaje Atila!

En los futuros siglos, altaneras,
 Elevarán sus torres las ciudades
 Del Cataca estruendoso en las riberas,

Y en sus vastas e ignotas soledades
 No quedará de mí huella ni acento,
 ¡Oscuro trovador, ave del viento!

Enero-1882.

En *La Patria*, VI (1882), pág. 60.

A ORILLAS DEL MAR CARIBE

Pequeña es tu grandeza
 Ante el dolor eterno de mi alma:
 Es dulce la amargura de tus ondas
 Después de la amargura de mis lágrimas.

En *La Patria*, VI (1882), pág. 60.

SIERRA NEVADA

Es del manto de Dios vellón caído
 Que ha enredado en las cumbres la tormenta
 Para mullir del huracán el nido
 Cuando en la noche azul plácido alienta.

La Sierra Nevada, enero-1882.

En *La Patria*, VI (1882), pág. 60.

LA BELLA DE NOCHE

A mi hija Julia.

Toda flor es un templo: los arcanos
Esconde allí de amor naturaleza,
Y el arte rudo aún de los humanos
Nunca imitar logró tanta belleza.

Del Tucurinca en los selvosos llanos
Y del Caribe mar en la grandeza,
Fragante flor oculta su pureza
Al sol ardiente y céfiros livianos.

Blanca nació de un rayo de la luna
En la trémula sombra de la umbría
La reina y gala de la noche bruna:

Esa flor es tu imagen, Julia mía,
Orgullo de mi vida sin fortuna,
Y en nuestro pobre hogar luz y alegría.

Septiembre de 1885.

En *La Siesta*, núm. 2 (20 de abril de 1886), pág. 10.

A MI HIJA CLEMENTINA

Si estuvieras aquí, cerca del lecho
Donde el dolor implacable me tortura,
Cuántas angustias de mi amante pecho
Calmaran tus caricias y ternuras!

De la desgracia el huracán deshecho
Combate sin cesar nuestra ventura,
Y es ya este grande corazón estrecho
Para la hiel que en su infortunio apura.

Cúmplase así la voluntad divina
Del que les dio a tus labios virginales,
Mi dulce y adorada Clementina,

Trinos de los sinsontes y turpiales;
Del que puso en tus ojos hechiceros
Arrobadora luz de sus luceros.

Septiembre de 1885.

En *La Siesta*, núm. 4 (4 de mayo de 1886), pág. 26.

LUMBRE DE SOMBRA

¿He soñado vivir entre los hombres
 Y el sueño doloroso me atormenta?
 ¿Qué de mi ser mortal se ha desligado
 Y como a ser extraño me contempla?
 ¿Proyección de una sombra en lo infinito?
 ¿Lumbre que al foco vuelve y a su esencia?
 ¿Vapor de fango ya, dorada nube
 Que al cielo azul desde el abismo sube?

¡Heme allí!... Peregrino solitario
 Viene a las pampas, de los niveos montes.
 Salvaje trovador de los desiertos,
 ¿Qué busca en las ciudades de los hombres?
 ¿Gloria, excelsa virtud, amor?... ¡Locura!
 ¿El harapos lecho de Camoens?
 ¿Baja el cóndor de la región del trueno
 A morir de los saurios en el cieno?

Bogotá, marzo de 1886.

En *Revista Literaria*, I (1890), pág. 55.

¿QUE?...

¿Un autógrafo mío?...
 ¿Del trovador errante un pensamiento?
 No deja rastro en el azul vacío
 La leve nube que arrebató el viento,
 Ni en los remansos del salvaje río
 El ala del alción: tan sólo el nombre
 De una sombra es el hombre.

En *La Siesta*, núm. 5 (11 de mayo de 1886), pág. 34.

NOLA

El rostro pudibundo y hechicero
 reclinada en mis brazos escondía,
 y en los suyos amantes me oprimía
 trémula murmurando: — “No te quiero...!”.

Ya un instante después: — “Sí, mi lucero,
mi azucena del monte... mi alegría...”.
— ¡Te amaré más que nunca, Nola mía!
¡Ven, mi gloria! no temas... — “¡Embustero!”.

¡Qué inocencia infantil en sus enojos!
¡Cuán esquivos y dulces esos labios
abrasadores, húmedos y rojos

que ósculos brindan al decir agravios!
¡Ay! ¡cuánto tiempo ya, cuánto, Dios mío,
que duerme sola en su sepulcro frío!

1886.

En *La Siesta*, núm. 6 (18 de mayo de 1886), pág. 42.

RECUERDOS DE COLEGIAL

— Visiones fueron de alma soñadora
Las divinas mujeres que canté,
Y de tus dulces labios perdón y alivio implora
El réprobo... ¿No escuchas?
— Está servido el té.

Aparte: — (¡Sudo de mortal congoja!
¡Sudorífico atroz! ¡Cachifa cruel!)
Respóndeme... ¡Perdóname!
— Dobleemos esa hoja.
— ¡Ay! ¡no! Te juro y pruebo...
— ¿De este dulce, o de aquél?

— ¡Dos meses ya que mi dolor rebosa,
Que despiadada me haces padecer!
Que apuro un mar de acíbar...
— Es agua muy sabrosa.
— Si loco estuve...
— ¿Estuvo en Chapinero ayer?

— (Que yo pudiera extrangularla...) Y Dola
Me encargó mil saludes...
— ¿Para quién?
— (¡Allí la espina punza!). Si tal fineza enoja...
— ¿Enojarme?... Agradezco. ¿Le sienta el clima bien?

- ¡Tanto!
 — Muy natural...
 — De todo goza.
 Una loquilla desatada es:
 Corremos en los llanos, el río la enamora...
 — (¡Rabia!) ¡Qué lindo valse!
 — ¿Bailas?
 — ¿Yo?... no; después.
 — Será el jueves; ya es tarde y...
 — ¡Quiero ahora!
 — ¿Quieres algo por fin?
 — Está por ver.
 Ingrato... ingrato... ¡ingrato!
 — ¡Música deliciosa!
 A compás dilo... ¡dilo!
 — ¡Qué modo de coger!
 — ¿Muy estrecho?
 — No mucho...; es que me ahoga.
 Y me pierdo y... ¡Cuidado! Si alguien ve...
 — El de las paces... ¡juno!
 — ¿No más versos a Dola?
 — ¡Nunca!...
 — ¡Basta! Sentémonos... Me ha dado no sé qué.
- En *La Siesta*, núm. 7 (25 de mayo de 1886), pág. 50.

INSOMNIO

Wagner:

¿Y el universo? ¿Y el hombre?
 ¿Saber su esencia no cabe?

Fausto:

¿Saber? ¡Pensar que se sabe!

GOETHE.

I

¡Lóbrega y muda noche! Ni un acento
 De amantes labios y de voz amada
 Que turbe el doloroso pensamiento;
 De caros seres ¡ay!... ¡ni una mirada!

¿Quién mullirá mi lecho duro y frío
 Con tu filial y cariñoso celo,
 Hija del corazón, dulce ángel mío,
 Fuerza del alma y fe, bondad del cielo?

Quando trasmonta el sol, busca reposo
 El pobre labrador, y en las rodillas
 Aduerme a sus hijuelos amoroso,
 Enseñándoles cánticas sencillas.

¡Afortunado él! Nunca viajero,
 Las auras respiró de otras montañas,
 Y divisa en contorno, placentero,
 Maizal frondoso y amarillas cañas:

A su redor la prole juguetea
 Y a Dios bendice al despuntar el día;
 Húmedo el techo de la choza humea,
 Y es todo paz y aromas y alegría.

¿Qué para él, feliz, envidias, fama,
 Los vencidos y vanos vencedores,
 Si junta en sus abrazos lo que ama
 Y espera en Dios... el Dios de sus mayores?

Voces del alma en el silencio escucho:
 —“La senda oscura de la dicha escoge;
 Por el amor de los que te aman lucho;
 La oscuridad feliz no te sonroje”.

—“Tú, siervo del deber y de la gloria,
 Menesterozo rey, tus sueños dime;
 ¡Recomienda otro canto a la memoria
 Del avaro señor, delira y gime!”.

II

¡Sin descanso velar! ¡Verter la vida,
 El alma toda en el fugace pliego
 Que anhelosa recibe y conmovida
 La multitud a quien deslumbra un ciego!

En la mente y en torno, el infinito;
 Sólo enigma pequeño y triste, el hombre,
 De algún soñado edén ora proscrito,
 O ansiando, loco ya, dichas sin nombre.

Es el poeta redentor de un mundo;
 De sangre, tigre-rey, harto y sediento;
 Crótalo allá del cenagal inmundo,
 Y en las cimas fulgor del pensamiento.

Lucrecia, o pestilente Mesalina;
Esposa mártir; la de Job, atea:
Felicidad o abismo que fascina;
De siervos madre, o madre macabea.

¿Del bien y el mal creación, o del acaso?...
A veces bienhechor, verdugo a veces:
Siembra virtud y amor allí a su paso,
Aquí emponzoña del dolor las heces.

¿El acaso? ¿La fuerza y la materia?
¿Y antes, antes de todo cuanto existe?...
¡Oh! ¡yérguete soberbio en tu miseria,
Tú que a Satán rebelde concebiste!

III

¡La Patria! gloria, fe... Quizá insanía,
Lucha, pavor del infusorio humano,
Que tras luengo vivir de un solo día,
Vuelve a ser lo que fue, —de polvo un grano.

Habitantes de globo diminuto,
Reyes altivos de átomo impalpable
En la mano de Dios... ¡y enfermo fruto
Se llaman de un poder inmensurable!

¿Hondos océanos?... Gotas de rocío
Que leve insecto al revolar agita;
La pampa, cumbre ayer; salvaje río
Que vuelca escombros de ciudad maldita...

Hoy las cuencas de mares desecados
Campiñas son en montes eminentes,
Y en los abismos yacen sepultados
Decrépitos e ignotos continentes.

¿De dónde vienes tú, fiera parlante,
Antropomorfo de cerviz erguida,
En las selvas crüel, libre y errante,
Lascivo genitor en tu manida?

No has aprendido aún de los castores
A formar el granero y la vivienda,
Ni él sabe de tus lides los horrores,
y los boscajes son tu hogar y tienda.

¿Cómo ascendiste, bruto, a las ciudades
Do lo selecto de tu especie mora?
¿Por qué al través de innúmeras edades
Libertad sueña y la perdida llora?

Dos mil centurias hace que su asilo
Fueron los antros y selvosa vega;
Y como Buda, Salomón y Esquilo
Pudo llegar a ser... su origen niega.

Y después de los siglos sin medida,
¿A dónde irá en descenso o ascendente?
¿En esta zona, luz, calor y vida
Buscará el hombre mísero y doliente?...

¡En vano! Extinto el sol, por vez postrera
Lívida luz bañó cumbres del mundo,
Y muerto... helado, sigue su carrera
De una noche sin fin en lo profundo...

La inmensidad del tiempo y lo pequeño
De tu existencia, ¡pensador gusano!,
De tu vida de instantes no eres dueño
¡Y te dices del orbe soberano!

¡Alzate, gusanillo luminoso,
De tu Creador imagen!... La tiniebla
Explora, vence, cruza victorioso
Sobre la hojilla que tu enjambre puebla.

[...]

—Basta, mimado trovador: de flores
Tendrás diademas en la tumba fría.
Duerme con tus delirios y dolores;
Descansa, esclavo, que se acerca el día.

Bogotá, mayo de 1886.

En *La Siesta*, núm. 9 (8 de junio de 1886), págs. 66-67.

LA PATRIA DE SHAKESPEARE

Sus naves triunfadoras
 El Orbe altivas miden;
 Es grande cuando lucha,
 Magnánima en la paz.

RYAN.

Milton, Nelson... ¡Macaulay! Cuán ufana
 De tus hijos estás, Reina gloriosa,
 Madre de cien naciones redimidas
 Y maestra de siervos que te invocan.

Desde el Indo al Pichincha refulgente,
 Grabado el nombre ves de tus victorias;
 Son tu escabel las cumbres de Himalaya,
 Los mares tienden a tus pies su alfombra.

¡Patria de mis mayores!... Noble madre,
 De Israel desvalido, protectora,
 Llevo en el alma numen de tus bardos,
 Mi corazón es templo de tus glorias.

Junio de 1892.

En *Revista Literaria*, III (1893), pág. 135.

LOS INMORTALES

¡Ya nunca morirán! Luz de sus nombres
 Es en la frente de la Patria nimbo,
 Y altos sobre el imperio de la Muerte,
 De la gloria y Jehová son los ungidos.

Surgieron de las sombras que fecunda
 La Libertad con gérmenes benditos,
 Y trueno fue la voz de los tribunos,
 De titanes la lid, gozo el martirio.

Colombia, la sublime redentora,
 El brazo vengador en sangre tinto,
 Dictó la paz a los hispanos tercios,
 En Arapiles y Bailén invictos.

De Dios fue la victoria, y no tu afrenta,
 España, madre de valientes hijos;
 Baldón para tus reyes que olvidaron
 La santa ley de amor, la ley de Cristo.

Eran también tu sangre, sangre tuya,
Bolívar, Santander, Torres, Nariño,
E inmortales se hicieron; de la Patria,
De la gloria y Jehová son los ungidos.

20 de julio de 1894.

En *La Patria*, núm. 11 (20 de julio de 1894), pág. 42.